



Seix Barral Biblioteca Breve

Pedro Lemebel
Adiós mariquita linda

El Wilson

Un día te dije que iba a escribir nuestra corta historia en el *Clinic*. Y aunque tú no lo creyeras entonces, te juré que serías el protagonista de esta crónica que escribo evocando tu inquieto mirar de pendejo sureño, cesante y peregrino por estas calles, por estos cementos ardientes de la tarde estival, cuando lo veo venir caracoleando la vereda con su vaivén de leopardo morenón. Lo diviso apurado rapeando su elástico caminar directo a mi encuentro. En la Gran Avenida a todo sol, a todo calor, ese verano conocí al Wilson. Y me paró de pronto preguntando con su cara morocha de engominado penacho punky: ¿Tú soi el escritor?, ¿tú saliste en la tele? Y antes de contestarle, me di el tiempo de medir sus largos muslos sopeados de transpiración, me di el placer de hurguetear su ombligo y la pretina del calzoncillo que dejaba ver el bluyín rapero, a media cadera, a medio culo su vocecita huasteca volvió a insistir: ¿Tú saliste en la tele? Bueno, claro, pero eso fue hace tiempo. Yo no soy de Santiago, se apresuró a confesarme, vengo de Llanquihue y ando buscando trabajo porque allá no hay na' que hacer. ¿Y tú crees que por aquí hay mucho que hacer?, le contesté con las pestañas encendidas. Algo se podrá hacer, cualquier cosa, cualquier trabajo, todo sea por unas monedas, porque no tengo dónde quedarme, y ahora estoy parando en el Hogar de Cristo. Llámame a este teléfono, le susurré

a la rápida perdiéndome en la multitud que subía a las micros, bajaba de las micros en la bullente Gran Avenida. Y a las seis de la tarde, cuando me relajaba en ese intenso día con un buen pito, el teléfono que llama, el teléfono que grita su nombre, y así nos cruzamos en esta maraca ciudad con el Wilson, y pronto las cervezas y pronto los pitos y más tarde que temprano caímos al catre medio muertos, medio embriagados por este encuentro fortuito donde nos contamos todo, donde nos dijimos todo atropelladamente, como si el cielo de esa pieza fuera el último cielo que veríamos antes del amanecer. Allí me contó entre trago y trago el patiperrear de sus cortos años en busca de alguna esperanza para su iletrada juventud. Porque no terminé la educación básica, me dijo. Porque apenas llegué a séptimo y de ahí me echaron del colegio y después me fui de mi casa, porque me güeviaban mucho, porque no trabajaba, porque me la pasaba de vago con el personal estéreo pegado en la oreja tratando de rapear y bailar como los negros de Nueva York que veía en la tele. Y esa noche el Wilson bailó solo para mí, girando como un disco al compás del carreteado casete que guardaba como tesoro. Y también esa noche supe que el Wilson era virgen, nunca había tenido mujer ni hombre que lamiera sus pétalos sexuales; me di cuenta porque no sabía ni cómo ni por dónde. Y sus ojillos chinocos reflejaban el paraíso con la mamada deliciosa que le regalé después de preguntarle: ¿quierís ver a Dios, loco?

El Wilson pensaba ser otra cosa, no quería que la urbe infame se lo tragara con su cruel voracidad, por eso y para que conociera gente, una tarde lo invité a la presentación de un libro del director del *Clinic*. ¿Y qué es esa güevá?, me preguntó con sus pupilas de

chispeante carbón. Un periódico donde escribo. ¿Algo así como *El Rastro*? No, lindo, este es mucho más anarco, le respondí con ternura mientras caminábamos por Providencia hasta el pub donde sería el evento. Al llegar, el Wilson no quiso entrar. Es que ando muy mal vestido, murmuró, viendo las niñas rucias y los chicos intelectuales que hacían nata en la entrada. Y qué importa, mi cielo, uno es lo que es y las pilchas son lo de menos. Entremos a comer y tomar, ¿acaso la caminata no te dio sed? Y así esperamos que terminaran los eternos discursos hasta que empezó el cóctel de fierritos, tapaditos, dulcecitos y empanaditas que el Wilson devoraba a puñados. Luego aparecieron las bandejas de pisco sour y vino rosado en elegantes copas de alto pie. Salud, mi bello rapero, le dije al Wilson chocando los frágiles cristales que el pendejo no dejaba de admirar. Si quieres te llevas la copa de recuerdo, le susurré empujándolo al robo. Ahora que nadie está mirando guárdatela en el bolsillo. Pero una copa no es ninguna, pásame tu mochila, tápame para guardar esta otra y otra y la que está en esa mesa, y la que dejó vacía esa pituca cara de diuca, y la que ya se tomó ese viejo palatón con cara de asco y alcánzame esa que dejó babosa aquel abuelo hippie cabeza de melón con flecos. Así la mochila del Wilson se fue llenando de vidrios que tintineaban mientras el chico recogía y recogía copas embriagado por la fiebre del choreo. Vámonos de aquí, Pedro, porque no entiendo ni güevas lo que habla esta gente. Espérate un poco, voy a saludar a Carlitos, mi abogado, y al David que estudia literatura, y al Rodrigo que es periodista. Y con todo el grupo tomamos el Metro para seguir la farra en mi casa. A la pasada, en Bellavista, compramos unos vinos y terminamos en mi

rancha nadando en copete, discutiendo de arte, política y todas esas latas culturales que apasionan a los universitarios de izquierda. Pero no al Wilson, que bebía y bebía con desespero dándose vueltas por la casa como león enjaulado. Y en un momento no aguantó más y me dijo: quiero que se vayan todos estos güevones para que nos quedemos nosotros solos. Recién lo conocía y ya se creía mi marido el lindo. Son mis amigos, le recalqué con firmeza, y si no te gusta la puerta es ancha, loco. No me hizo caso y siguió hinchando, enrabiado, cambiando la música, sacando a Manu Chao y colocando su horroroso casete que incluía una canción romántica de Chayanne. Mira, escucha: «Es la primera vez que me estoy enamorando», me cantaba en la oreja, tratando de que yo tuviera oídos solo para él. Sin embargo, la alterada plática intelectual de mis amigos no me dejaba ponerle atención. Y el Wilson terminó gritándome a toda boca su balada de chulo amor. Entonces, el David me pregunta con sarcasmo: ¿ahora te gusta Chayanne, Pedro? No alcancé a contestarle, porque el Wilson empuñó una cerveza y se abalanzó sobre el David justo en el momento en que mi alarido desatemplado lo inmovilizó con la botella en el aire. Si van a pelear se van todas las mierdas de aquí, grité sacando ronquera de arrabal. Y solo de esa manera pude evitar un desastre. Pero esa noche las cartas estaban marcadas, y siguieron discutiendo y tomando hasta que tuve que echarlos a todos, incluyendo al Wilson, que lo vi por última vez desaparecer bajo la garúa rosada del alba. Y justo antes de doblar la esquina giró levemente su mejilla y me encandilaron sus ojos sureños de huérfano amor.

Desde aquel día nunca más supe del Wilson, y

la escarcha del olvido terminó por esfumarlo de mi cotidiano pasar. Y solamente hace unos meses suena el teléfono y escucho la voz aflautada de la operadora preguntando: ¿acepta una llamada con cobro revertido del señor Wilson desde Llanquihue? Claro que sí, me apresuré a responder. Y tuve que contener el ahogo cardíaco al oírlo diciéndome que lo perdonara por el desatino, que la culpa era del vino, y que después de aquella noche se tuvo que ir al norte a trabajar en un circo, ayudando a levantar la carpa, alimentando a los animales, en fin, haciendo de todo hasta juntar la plata del pasaje para volver al sur. ¿Y cómo va tu vida ahora?, me atreví a preguntarle, al recordar su cuerpo de cañaveral flectado en el quejido rapero que humedeció mis sábanas. Mucho mejor, me respondió más tranquilo, y agregó con un dejo de irónica tristeza: ahora leo el *Clinic* y estoy estudiando en la nocturna para entender lo que hablan tus amigos.

Se llamaba José

Y con ese nombre de pesebre navideño, nombre obrero con aire campestre, sin la pretensión de agregarle un José Luis o José Pablo, nada más que José, como si esas cuatro letras hiladas en la baba de la palabra fueran su único equipaje, su peregrina identificación para ir de calle en calle luciendo su esbelto porte de sureño trasplantado. Y es la misma historia de muchos chicos que llegan atraídos por esta luciérnaga de neón, el mismo impulso de José que rumbea la ciudad olfateando la ilusión de una peguita, un pituto, un trabajo, cualquier cosa para no volver al sur derrotado, me dijo cuando lo encontré en el sube y baja de las micros vendiendo maní para salvar al menos la comida. Y solo entonces vi esos ojos de aguilucho con pena o felino triste, donde aún chispeaba la dignidad de su soberbia. Vivo en la calle, me comentó, hace un año que llegué y trabajo en las micros y recorro Santiago de lado a lado ofreciendo Chocopandas si es verano o maní si es invierno y hace frío como ahora, que putas que está helado, me dijo tiritando, dando diente con diente, en realidad diente con carie, porque su esquiva sonrisa brillaba cual lámpara pobre con varias luces quemadas. En él creí ver a una fiera depresiva jugándose sus últimos zarpazos en la riña gatuna de la city. Caminemos, le sugerí con la lengua de arpón que siguió palabreando sus pasos. Y caminando y dándole al verso colérico se

dejó arrastrar por la red sinuosa de las palabras. Se dejó atrapar cansado de dormir como una lechuza en el fierro congelado de la parada micrera. ¿Adónde vamos?, se atrevió a preguntar. A mi casa, a mi corazón, que por esta noche relajó su tristeza al conocerte. Apenas esbozó una sonrisa para celebrar mi verso. ¿Hay ducha en tu casa? Claro que sí, le contesté imaginando ese cuerpo avellano vidriado por el agua. Y así, al llegar, lo vi en strip-tease de otoño desprenderse uno a uno de sus lacios trapos. Su olor óxido de amarga selva llenó el baño, se enjugó en la toalla apoderándose de la casa entera. Era fuerte el olor a jaula de circo que tenía José cuando llegó a mi vida. Era denso el perfume de su carne erizada por el estruje de mis dedos al jabonarlo, al espumarle el racimo velludo de su trópico mango. Al refregarle la quebrada de su entrepierna que apenas distendió como una niña menstruando. Así fuera un crío, un arisco cachorro de lince que, sin decir palabra, se dejó acariciar por mi mano champú, mi mano bálsamo, mi mano geisha que con ternura nipona relajó el músculo de su erecta espalda. Puedes lavar los pantalones, la camisa, los calcetines y los calzoncillos..., le sugerí maternal y lujuriosa. Puede ser, respondió con pudor al mirarse en el espejo totalmente pilucho. Aunque esté nublado, puede secarse, agregó tomando el detergente para lavar sus carreteadas prendas. Y luego, igualmente desnudo, de un salto trepó al altillo para tenderlas. Mientras José estrujaba la ropa, desde arriba escuché que me decía: ¿son animales esos ruidos que se escuchan a lo lejos? Esos son pájaros... Y ese es un puma, se respondió solo después de un silencio. Es el zoológico del cerro que está aquí cerca, le aclaré cuando se descolgaba tigresco por la escalera. ¿Lo conoces?

Nunca he tenido la oportunidad de ir al zoológico, deletreó cada palabra como un niño huaso y educado. ¿Vamos mañana?, lo invité, al tiempo que le abría la cama y cerraba las cortinas para oscurecer nuestra noche jungla.

Abrió sus ojos somnolientos al tintineo del desayuno que yo le traía en bandeja. ¿Vamos al zoológico?, me recordó engulléndose de un mordisco el té con leche, los huevos y las tostadas. Fácilmente hacía veinte años que yo no iba al zoológico del cerro; de niño acostumbraba ir con mi mami y nos quedábamos tardes enteras comiendo galletas y mirando los patos y cisnes que nadaban apretujados en una laguna. ¿Quieres comer dulces?, le ofrecí después de comprar un paquete y caminar a su lado, quebrando los charcos de lluvia como pareja de adolescentes. Lo que más quiero ver es el puma, repetía insistente mientras se encaramaba ágil por las empinadas escaleras. ¿Y por qué tanto interés con el puma si hay tantos animales que no conoces?, pregunté sin aliento, con el corazón escapando de mi boca con tal esfuerzo. Porque en el sur me decían el Puma, contestó cogiendo mi brazo para ayudarme a llegar a la boletería. No había mucha gente esa mañana en el zoo, nada más que algún gringo lesa tomando fotos y un grupo de chicas estudiantes de teatro que imitaban animales como ejercicio de actuación. ¿Dónde está el puma?, preguntó José mirando las flechas que indicaban felinos, reptiles, aves y monos por montones. Monos sabios, indiferentes al jaleo bobo del público, que inútilmente quería sacarles una acrobacia, una gracia de orangután, un salto mortal, un chillido de bebé monito que se esconde en el abrazo materno asustado de tanta cara humana al aguaito. Un pequeño simio

que no conoce las nubes sin rejas, por eso va colgado de su mamá mona que lo lleva por el aire cuando le toca el turno de su trapecio laboral. Y todos los mirones aplauden tirándoles maní, emocionados con la madonna y el niño en versión primate. Todos aplauden, todos ríen cuando mamá mona baja de lo alto con su cría para agarrar el maní, y hace morisquetas y muestra los dientes para que le tiren más. Todos ríen, menos José que, pensativo, recoge un maní que cayó fuera y se lo echa a la boca diciéndome: yo como harto maní cuando vendo en la calle.

A José lo había conocido el día antes, cuando subía y bajaba de las micros vendiendo confites. Y ahora cumplía su sueño de conocer el zoológico de Santiago, y parecía un niño ansioso buscando al puma entre las jaulas. ¿Vamos a ver al puma? Vamos, le contesto sintiendo la pesantez de cielo alambrado donde las aves revoloteaban en su aire carcelar. Mira, esa es una codorniz, y esa otra una torcaza, y ese negro un tordo, y los demás son jilgueros, exclama José contento, agregando que en su tierra estos pajaritos andan sueltos, igual que los chunchos, me dice mostrándome a una lechuza ojuda que relampaguea en la sombra. La gente cree que los animales hacen gracias porque están contentos, murmura José deslumbrado por el tornasol de los papagayos que cuelgan de la reja con el pico abierto. La gente cree que los animales no saben que están presos, concluye arrastrándome hasta las jirafas que, como antenas moteadas, le pestañean al público en su corral de tierra. Es triste vivir así, le comento a José que se ha detenido en la jaula del oso. Pero este debe ser el más amargado, me contesta apuntando al animal que, oculto en su cueva, no quiere ver a nadie, no quiere

que nadie le tire maní, no quiere escuchar los gritos de los niños llamándolo para que se asome. Simplemente, hoy no está para visitas. ¿Y el puma?, a lo mejor no hay puma en este zoológico, comenta José mirando en círculos hasta descubrir un letrero que dice hipopótamo y felinos. ¿Qué son los felinos?, me interroga con su cara ingenua. Todo tipo de gatos salvajes, le respondo con ternura de maestra. Ahí puede estar el puma, exclama saltando sin fatiga de peldaño en peldaño hacia lo alto. No quiero más, me cansé. Anda solo a buscar tu puma, casi le grito, y lo veo desaparecer en el vaho de modorra que humea en las jaulas.

¿Por qué no se ve el hipopótamo, mamá?, suspira un niño a mi lado, empañando con su vocecita la vitrina donde se esconde el tímido animal. Golpéale el vidrio, llámalo para que salga del agua, ordena la mamá. En la parte más protegida del pequeño estanque, bajo unas hojas de loto, el voluptuoso hipopótamo se esconde piola y solo deja ver sus capotudos ojos a ras de superficie. Un alarido de lobo inmoviliza por un momento la selva en prisión y luego retorna a su cacareo rutinario. Al rato vuelvo a encontrar a los estudiantes de teatro, que esta vez intentan imitar el salto bípedo de los canguros. Nunca había estado frente a canguros, y me distraigo viéndolos rumiar, dar brincos y olfatear las manos de los curiosos que quieren tocarlos. Las acrobacias de los animales, sus muecas, sus bramidos, sus saltos, no son maromas porque estén contentos, medito pensando en lo que dijo José hace un rato; la verdad, esas manifestaciones más parecen gestos de desespero o angustia que la gente interpreta como gracias. Enfrente, el oso polar repite incesante el desplazamiento autista de su neurótico encierro. En-

contré al puma, me sobresalta José con su respiración acelerada. Es el más grande que he visto, repite eufórico. Es hora de irnos, chico, le propongo empujándolo a la salida. En realidad, la visita al zoo no me ha hecho bien; al bajar, una pena extraña me aprisiona el pecho. No sé, siempre me pareció sospechosa esa gente que mima tanto a los animales, como si fueran niños. Pero esto era diferente, tenía la sensación de haber visitado la cárcel o un reformatorio como turista. ¿Qué pasa?, me interroga José cuando llegamos al plano. Tengo mucho que hacer y se me hizo tarde, le miento, despidiéndome para que él también retome su trabajo en las micros.

Me extrañó que José no volviera en la tarde y, mientras ponía agua para tomar un té, escuché por la tele la noticia: el puma del zoológico se había escapado y varias cuadrillas de policías se organizaban para cercarlo. Era tal el despliegue de helicópteros, sirenas y vehículos de seguridad, pero aun así el felino había burlado el operativo policial huyendo de la falda del cerro. Es decir, merodeaba mi barrio cruelmente perseguido. En un instante escuché un crujir en el altillo que me congeló la sangre. Pueden ser gatos, pensé, y armándome de valor subí a inspeccionar. El cielo del Santiago otoñal anaranjaba de hemorragia la huida de la tarde; no muy lejos, el zumbido de las patrullas animaba la carcería y un silencio fúnebre traía la noche venidera. Al bajar del altillo, la televisión informaba que el ejército safari había localizado al puma a solo unas cuerdas de mi casa. En la pantalla recién pude verlo temblar en el colosal acoso. Parecía un gato grande, pero acurrucado en un rincón gruñendo bajito maullidos de pavor. Era apenas un minino con susto, punceteado salvajemente

por las lumas de los pacos, en éxtasis ante tal aventura. Uno de ellos lo agarró de la cola y comenzó a girarlo brutalmente, y luego a la rastra lo metieron en un camión. Al rato un nuevo flash noticioso informaba que el puma prófugo había muerto de un infarto cardíaco por el estrés de su captura.

José apareció ya entrada la noche, venía enojado porque lo habían detenido los carabineros y le habían quitado su mercadería. ¿Supiste? Se arrancó el puma del zoológico, le conté mirando sus manos que se retorcían al sonar de los nudillos. ¿Y lo pillaron?, preguntó ansioso con sus ojos de pantera. Sí, dije rotundo. Pero murió de un ataque al corazón. José no dijo nada más, y mientras le iba contando los motivos del deceso me dejó hablando solo y subió al altillo. Tampoco me contestó cuando le pregunté si iba a comer, si quería bañarse, si deseaba un cigarro, porque allá arriba el aire estaba frío. También se quedó en silencio al llamarlo dulcemente para dormir juntos. Y pasó toda la noche arañando con la mirada el horizonte de su amargo sur, bajo el paraguas retinto del firmamento.

El Flaco Miguel

De tanto cruzar el mismo puente sobre el Mapocho, de tanto ir y venir, sin ton ni son, inventándose alguna excusa para pasar y pasar sobre el río, ahora encajonado en una vera, porque la modernidad santiaguina horada un gran túnel de tránsito bajo el lecho fluvial. Y en realidad el agua chocolate del Mapocho me da lo mismo, más bien combina morocha con el río de cuerpos obreros que laburan a todo sol entre las grúas y camiones descargando mezcla, ripio y arenas con cemento. A todo sudor el esfuerzo los hermana en el mismo brillo de espalda asalariada. Con panza cervecera o desnutrición queltehue, este mapa de cuerpos proletarios resulta ser la carne de cañón para el arribismo de urbe hipermoderna que ostenta Santiago. Trabajar en la construcción es algo más que escribir esta crónica, es algo más que estetizar con bonitas palabras la dura jornada de la sobrevivencia que transpiran los hombres de la contru. Porque tú te ganái la plata sentado, me dijo el Flaco Miguel cuando me sorprendió en la esquina del río desafiándome con su hermoso cuerpo de cisne moreno. Te veo pasar siempre por arriba del puente, y tú no puedes reconocerme porque con el casco somos todos iguales. Tienes razón, le respondí con timidez ante su mirada somnolienta de vuelo pesado. Todos me dicen Flaco Miguel, me comentó estirando sus piernas con relajado orgullo. Pero

no siempre trabajé en la contru, he hecho de todo, hasta fui modelo para unos peluqueros del barrio alto, suspiró chasconeándose la sedosa cascada de pelo entre sus largos y sensuales dedos. Y le creí sin ninguna duda, ya que su brillante melonada varonil era un plumaje castaño peinado por la brisa leve que adormecía la tarde. ¿Y qué hace un príncipe sirio trabajando en la contru?, le deslicé la pregunta aletargado por el milagro de su presencia. Nada de príncipe, me cortó brusco, mirando con tristeza el mugroso ondear de la corriente mapochina. Vivo en una población y la vida me resultó cara como a todos los pobres. Pero tendrás algún sueño, le sugerí poniendo boca de corazón. Comprarme una moto y largarme lejos por la carretera sin mirar atrás. Por eso trabajo aquí, para juntar la plata. Pero con esa pinta que tienes, yo te podría contratar como acompañante. ¿Y qué tendría que hacer?, me interrogó con una chispa de suspicacia en sus ojos de oscura miel. Nada más que acompañarme, solo acompañarme. Como la película *El guardaespaldas*, donde trabaja la Whitney Houston, dijo alegre participando del juego como un niño entretenido. ¿Y si terminamos enamorados como en la película? Yo me iría en la moto hasta perderme en mi pobla, me respondió cortándome el delirio, y yo un poco picado agregué rabiosa: entonces rayaría corazones en todas las murallas de tu población: –*Flaco Miguel y Lemebel –Flaco Miguel ¿y cuándo?, te espera, Lemebel –Flaco Miguel, coopera con la causa, firma Lemebel –Mataría por ti, Flaco Miguel –Te amo tanto, Flaco Miguel, que hasta le daría un beso a Don Francisco –Flaco Miguel, siempre tuyo, Lemebel*. Te fijas que hasta riman, es como una canción. Pero esa es otra película, dijo con grave

seriedad. ¿Cuál? *Atracción fatal*, me tendría que ir de la población. Pero no me importa porque yo salgo a la contru en la mañana y llego súper tarde, murmuró nuevamente feliz. Entonces te rayaría los muros del río: ¿*Olvidaste a Lemebel, Flaco Miguel?* Y luego dejaría pasar harto tiempo, hasta que el invierno, la lluvia o las candidaturas políticas borrarán los rayados. Y un día, en que ya nadie te molestara y todos se hubieran olvidado del asunto. Una mañana de primavera como esas en que tú sales de tu casa rumbo a la pega con tu vianda de almuerzo. Una mañana futura en que mi recuerdo sea un olvidado mal sueño, al doblar la esquina para tomar la micro, con grandes letras rojas en una muralla: *Flaco Miguel y Lemebel... El regreso*. Ahí soltó la carcajada y reímos juntos y tomamos juntos y brindamos juntos con las cervezas que hacía rato consumíamos sentados en un bar. ¿Y yo voy a aparecer en alguna de tus crónicas?, dijo más calmado, con esa boca embriagadora que musicalizaba un beso. Seguro que sí, príncipe, te lo prometo, repetí aguardentosa, reiterando el salud con el vaso a punto de entrar en esa negrura alcohólica de la tele apagada. Lo último que recuerdo del Flaco Miguel, antes de morir esa noche, fue su delgada figura de noble jornalero mostrándome sus bellas manos estropeadas por el arañazo laboral. Y ahora que extraño su bella cabellera al viento de su jugueteado reír. Ahora que cruzo el puente para entregar esta crónica, trato de encontrarlo abajo entre los miles de cascos obreros que como hormigas esclavas de un proyecto faraónico hacen realidad la Metro-Goldwyn-Mayer del milagro económico chileno. Ahora, cuando trato de recuperar sus palabras, pienso que el Flaco Miguel tenía razón al decirme que desde arriba del

puede el sudor asalariado de la contru es otro río, que
igual brilla, que igual corre entre las piedras a veces
cantando con la misma música de su rasguñado ardor.